

No podemos darle cuerda. A lo sumo. lubri-
carlo con unas cuantas gotas de aceite alcanforado, moverle
algo el registro con un poco de cardiasol o de estrienina.
Ignoramos lo que la cuerda ha de durarle: ¿Años, horas, minu-
tos? Sólo Dios lo sabe.

Pero cada hora que transcurre lleva escrita
la leyenda de aquel viejo reloj: "Vulnerant omnes, última
necat".

Todas hieren, la última mata.

Menos mal que no pensamos nunca en esta co-
sas. El tic tac del corazón nos pasa inadvertido.

Si pensáramos en él no viviríamos.

Nuestro corazón no sería ya un reloj. Sería
un taxi. ¿qué nerviosos nos pondría el marcador! Cada tic tac
del taxímetro, una "chaucha" de vida que se nos escapa.

CELICH UC
Centro de Estudios Literarios y Culturales
Pontificia Universidad Católica de Chile
Pero lo peor es que en este caso no se puede ni
impedir que el registrador siga marcando, ni desear que se de-
tenga.

¡que siga el taxímetro aumentando nuestra
cuenta; que siga, que siga, que no se detenga!

Pese a las asperezas de la ruta y a lo mal
que se habla de la carretera, nadie tiene interés en llegar
pronto a ese sitio de descanso que indica una piedra blanca en
medio del bosquecillo de cipreses...

Por fortuna no atendemos al importuno ruide-
cillo, ni a la cuenta que de ellos se deriva.

Del otro reloj, del reloj de oro, del que
siempre tiene compostura, nos recordamos a menudo. Lo contro-
lamos con el meridiano y de cuando en cuando lo llevamos al
oído para saber si continúa en marcha.

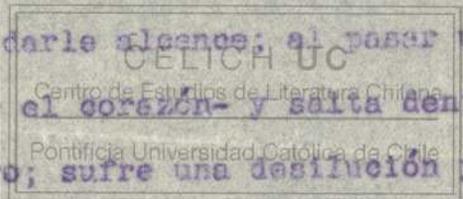
De este reloj de carne, sin compostura ni

repuesto, no nos acordamos nunca. Sólo cuando marcha mal o sufre una momentánea interrupción, paramos mientes en que aún lo llevamos en el pecho.

¡Ah! Si pudiéramos dejarlo sobre el velador! Pero nó; tenemos que andar con él a todas horas. Y como el relojito es pretencioso y se siente necesario, no se conforma con su cargo de cronómetro; aspira a servirnos de brújula, a dirigir nuestro camino.

En vano la cabeza quiere detenerlo. A falta de argumentos el corazón responde con refranes: "El corazón no se manda" "El corazón tiene razones que la razón no puede comprender".

Y dicho y hecho: percibe en lontananza un espejismo de fortuna, de gloria o de poder, y precipita su carrera para darle alcance; al pasar una mujer, -¡un hada! ¡un ángel! dice el corazón- y salta dentro de la jaula torácica como un pájaro; sufre una desilusión y parece que fuera a detenerse para siempre...



Ante el reloj metido a brújula, el cerebro no halla que partido tomar.

Su situación se parece a la de esas señoras solteronas que, engañadas sobre el monto de su reserva de cariño, colocan sus afectos en un perro más grande de lo necesario.

Creen llevar al perro de paseo y en realidad es el perro quien las lleva a ellas.

¡Terrible tragedia de una autoridad que se afirma tan solo en el derecho! El amor propio impide a la señora dar rienda suelta a su subordinado, y, como la cadena no se corta, pasa a ser un apéndice del perro.

Y ahí va la pobre señora, tan seria, tan re-

catada y pudorosa, corriendo tras una perrilla, o mezclándose en una riña callejera, o deteniéndose un momento en cada esquina con los pretextos más inverosímiles...

Porque, esto es lo peor del caso, la señora trata de justificarse. Si corre es por ejercicio, si se detiene es para ver el número del edificio o para abrocharse los zapatos...

Lo mismo sucede con la inteligencia cada vez que el corazón se la demanda. Antes que darse por vencida, busca argumentos y razones. ¡Cuánto ha dicho y escrito la cabeza para justificar al corazón!

Defensa injusta muchas veces; pero, otras muchas, merecida.

Con su carácter impulsivo, con su afán de transmutar los anhelos en ideales; los sentimientos en razones, y los instintos en ^{CELICH UC} _{Centro de Estudios de Investigación y Docencia} ^{Pontificia Universidad Católica} argumentos, este alambique de alquimista que aspira a convertir en oro de poesía el barro vil de la existencia, talvez no sea del todo indigno de perdón.

Le asiste, en todo caso, la suprema defensa de Amado Nervo.

Puede decir como el poeta:

He sufrido y amado.

¿Mucho? Lo suficiente para ser perdonado!

Quizás sea esta defensa la única que le valga al relojito, cuando falto ya de cuerda e incapaz de señalar una hora grata, nos obsequie con su último latido.

Entre tanto, mis resignados auditores, sólo puedo desearles que el de ustedes sea como esos relojes de su ^{en} que, por sencillo, no se descompongan, y que sólo marcan horas luminosas.

Buenas noches.